

Roald Dahl

El gran cambiazo



Los cuatro relatos recogidos en este libro, que fue galardonado con el Gran Prix de l'Humour Noir, nos muestran a Roald Dahl en su mejor forma: un cóctel a la vez burlesco, barroco y macabro, tierno y cruel, ligero e inquietante, cuya receta exige mucho talento e imaginación y de la que puede afirmarse que este autor tiene el secreto. Dos de ellos, «El invitado» y «Perra», son fragmentos del Diario imaginario de Oswald Cornelius Hendryks, una especie de Don Juan moderno, refinado esteta, rico y mundano; un Diario tan escandaloso nos advierte el narrador que, en comparación, las Memorias de Casanova parecen una hoja parroquial. «El gran cambiazo» describe la ingeniosa estratagema concebida por dos maridos libertinos respecto a sus confiadas esposas. «El último acto» es el relato del reencontro de una viuda y un antiguo pretendiente, en el que resplandece también esta característica tan significativa de Roald Dahl: poner en evidencia las fisuras de la «normalidad», cómo en una situación aparentemente trivial se agazapa el horror. Estos relatos, cuyos temas centrales son el sexo y el placer, bajo su aérea y burlona apariencia son, a su vez, ácidas parábolas sobre la fragilidad del amor, la fatuidad del eterno masculino y la tenebrosa incertidumbre de la existencia.

EL VISITANTE

No hace mucho tiempo, un voluminoso cajón de madera fue depositado en la puerta de mi casa por el servicio ferroviario de reparto a domicilio. Se trataba de un objeto insólitamente resistente y bien construido, hecho de algún tipo de madera dura, de color rojo oscuro, bastante parecida a la caoba. Lo levanté con mucha dificultad y, tras depositarlo sobre una mesa del jardín, lo examiné cuidadosamente. En uno de sus lados decía que había llegado de Haifa a bordo del *Waverley Star*, pero no pude encontrar el nombre ni la dirección del remitente. Traté de pensar en alguien que viviese en Haifa o por allí y que deseara enviarme un regalo magnífico. No se me ocurrió nadie. Me dirigí lentamente hacia el cobertizo donde guardaba los aperos de jardinería, sumido aún en profundas reflexiones sobre el asunto, y volví con un martillo y un destornillador. Luego empecé a levantar con mucho cuidado la tapa del cajón.

¡Estaba lleno de libros! ¡Unos libros extraordinarios! Uno por uno los fui sacando del cajón (sin hojearlos aún) y los dejé sobre la mesa, formando tres montones elevados. Había veintiocho volúmenes en total y he de confesar que eran bellísimos. Cada uno de ellos estaba encuadernado idéntica y soberbiamente en lujoso tafilete color verde, con las iniciales O. H. C. y un número romano (del I al XXVIII) estampado en oro sobre el lomo.

Cogí el volumen que tenía más a mano, el número XVI, y lo abrí. Las páginas, blancas y sin rayar, aparecían rellenas de una letra pequeña y pulcra, escrita con tinta negra. En la portada constaba una fecha: «1934». Nada más. Cogí otro

volumen, el número XXI. Contenía más páginas escritas con la misma letra, pero en la portada decía «1939». Lo dejé sobre la mesa y cogí el volumen I con la esperanza de encontrar en él un prefacio o algo parecido, o tal vez el nombre del autor. En lugar de ello, dentro de la cubierta del libro encontré un sobre. Iba dirigido a mí. Extraje la carta que había dentro y eché un rápido vistazo a la firma. *Oswald Hendryks Cornelius*, decía.

¡Era el tío Oswald!

Ningún miembro de la familia había tenido noticias del tío Oswald desde hacía más de treinta años. La carta estaba fechada el 10 de marzo de 1964 y hasta su llegada sólo podíamos suponer que el tío Oswald existía aún. En realidad, nada se sabía de él salvo que vivía en Francia, que viajaba mucho, que era un solterón acaudalado, de gustos repugnantes y a la vez atractivos, que se negaba empechinadamente a tener trato con sus parientes. Todo lo demás eran rumores y habladurías, pero los rumores eran tan espléndidos y las habladurías resultaban tan exóticas que hacía ya tiempo que Oswald se había convertido en un héroe resplandeciente y una leyenda para todos nosotros.

«Mi querido muchacho —empezaba la carta:

»Creo que tú y tus tres hermanas sois los únicos parientes cercanos y consanguíneos que me quedan. Por consiguiente, sois mis legítimos herederos y, como no he hecho testamento, todo lo que deje al morir será vuestro. Por desgracia, no tengo nada que dejar. Antes tenía mucho y el hecho de que recientemente me haya librado de todo ello como mejor me ha parecido no es asunto vuestro. A guisa de consuelo, sin embargo, os envío mis diarios personales. Creo que éstos deberían permanecer en la familia. Abarcan los mejores años de mi vida y no os hará ningún daño leerlos. Pero si los mostráis a otros o permitís que los lea algún extraño, correréis un gran peligro. Si los publicas, me imagino que ello sería el fin simultáneo tanto de ti como del editor. Porque debes entender que miles de las heroínas a

las que menciono en los diarios siguen estando medio muertas solamente y si fueras lo bastante estúpido como para manchar con letras escarlatas su reputación, que es blanca como la azucena, tendrían tu cabeza en una bandeja en dos segundos escasos y probablemente, por si fuera poco, la asarían en el horno. De modo que será mejor que te andes con cuidado. Sólo te vi una vez. De eso hace años, en 1921, cuando tu familia vivía en aquel feo caserón del sur de Gales. Yo era un tío y tú no eras sino un niño muy pequeño, de unos cinco años. No creo que te acuerdes de la joven niñera noruega que tenías por aquel entonces. Era una joven notablemente limpia y fornida y tenía una figura exquisita, incluso cuando llevaba aquel uniforme de peto ridículamente almidonado que le ocultaba su pecho encantador. La tarde en que estuve allí, la niñera iba a dar un paseo contigo por el bosque, para recoger campanillas azules, y yo le pregunté si podía ir con vosotros. Y cuando nos hubimos internado mucho en el bosque, te dije que te daría una tableta de chocolate si eras capaz de regresar a casa solito. Y lo fuiste (véase el volumen III). Eras un niño con sentido común. Adiós — *Oswald Hendryks Cornelius*».

La súbita llegada de los diarios causó gran excitación en la familia y nos apresuramos a leerlos. No nos decepcionaron. Su contenido era asombroso: hilarante, ingenioso, excitante y, a menudo, también conmovedor, mucho. La vitalidad del tío Oswald era increíble. Siempre estaba en movimiento, de una ciudad a otra, de país en país, de mujer en mujer y, entre una mujer y la siguiente, se dedicaba a buscar arañas en Cachemira o a seguirle la pista a algún jarrón de porcelana azul en Nankín. Pero las mujeres siempre eran lo primero. Adondequiera que fuese, siempre dejaba tras él una estela interminable de mujeres, hembras ofendidas y mancilladas de manera indecible, pero ronroneando como gatitas.

Veintiocho volúmenes de exactamente trescientas páginas cada uno tardan mucho en leerse y hay pocos escrito-

res, poquísimos, capaces de retener el interés de sus lectores a lo largo de semejante extensión de papel. Pero Oswald lo consiguió. La narración nunca parecía perder su sabor, el ritmo jamás decaía y casi sin excepción cada apunte, fuese largo o corto, tratase de lo que tratara, se convertía en una maravillosa historieta individual, completa en sí misma. Y al final de todo, una vez leída la última página del último volumen, uno se quedaba sin respiración, pensando que tal vez acababa de leer una de las mejores obras autobiográficas de nuestro tiempo.

Si se la considerase exclusivamente como la crónica de las aventuras amorosas de un hombre, entonces es indudable que no hay nada que se le pueda comparar. A su lado, las memorias de Casanova son como una hoja parroquial y el mismísimo y famosísimo amante, comparado con Oswald, se nos aparece como un hombre con unos apetitos sexuales decididamente adormecidos.

Cada página contenía dinamita social; en eso Oswald tenía razón. Pero se equivocaba al pensar que las explosiones vendrían únicamente de las mujeres. ¿Qué decir de sus maridos, de aquellos infelices humillados y cornudos? El cornudo, cuando se le provoca, es un pájaro muy feroz y habría miles y miles de ellos que remontarían el vuelo en el caso de que los Diarios de Cornelius, sin cortes de ninguna clase, viesan la luz del día estando ellos vivos todavía. La publicación, por consiguiente, quedaba descartada.

Lástima. Hasta tal punto me parecía lamentable, que pensé que había que hacer algo al respecto. Así que me senté y releí los diarios de cabo a rabo con la esperanza de descubrir cuando menos un pasaje completo que pudiera publicarse sin que el editor y yo mismo nos viéramos envueltos en litigios serios. Con gran alegría encontré nada menos que seis. Se los mostré a un abogado. Me dijo que, a su juicio, *tal vez* estuvieran «exentos de peligro», aunque no podía garantizármelo. Uno de dichos pasajes, «El episo-

dio del desierto del Sinaí», parecía «menos peligroso» que los otros cinco, añadió el abogado.

De modo que he decidido empezar por éste y ofrecerlo a algún editor en seguida, al terminar este breve prefacio. Si me lo aceptan y todo sale bien, puede que entonces publique uno o dos más.

El apunte correspondiente a lo del Sinaí procede del último de los volúmenes, el número XXVIII, y lleva la fecha del 24 de agosto de 1946. A decir verdad, es el *último apunte* del último de todos los volúmenes, la última cosa que escribiera Oswald, y no sabemos adonde fue ni qué hizo después de la fecha citada. Sólo podemos hacer conjeturas. El apunte se lo ofreceré palabra por palabra dentro de un momento, pero ante todo, y para que les resulte más fácil entender algunas de las cosas que Oswald dice y hace en su historia, permítanme que trate de hablarles un poco acerca del propio Oswald. De la masa ingente de confesiones y opiniones que contienen los veintiocho volúmenes, surge una impresión bastante clara de su carácter.

En la época del episodio del Sinaí, Oswald Hendyks Cornelius contaba cincuenta y un años de edad y, desde luego, nunca se había casado. «Me temo», solía decir, «que he sido bendecido —¿o debería decir “maldecido”?— con una naturaleza desusadamente quisquillosa».

En ciertos sentidos esto era cierto, mas en otros, y especialmente en lo que se refería al matrimonio, su afirmación era exactamente lo contrario de la verdad.

La verdadera razón por la cual Oswald se había negado a contraer matrimonio era sencillamente que nunca en la vida había sido capaz de confinar sus atenciones a una mujer determinada durante más tiempo del que se necesitaba para conquistarla. Una vez la conquistaba, perdía todo interés por ella y emprendía la búsqueda de una nueva víctima.

Es difícil que un hombre normal considerase que ésta era una razón válida para permanecer soltero, pero Oswald no era un hombre normal. Ni siquiera era un polígamo nor-

mal. Era, por decirlo claramente, un tenorio tan desenfrenado e incorregible que ninguna esposa del mundo le habría soportado durante más de unos días, por no hablar de la duración de una luna de miel, aunque sabe el cielo que bastantes mujeres se hubiesen mostrado deseosas de probar suerte.

Oswald era una persona alta y delgada, de aire frágil y lánguidamente estético. Su voz era dulce, sus modales eran corteses y, a primera vista, más parecía un gentilhombre de cámara que un célebre bribón. Jamás hablaba de sus aventuras amorosas con otros hombres, y un extraño, aunque pasara toda una velada hablando con él, no habría observado el menor asomo de engaño en los ojos claros y azules de Oswald. De hecho, era exactamente la clase de hombre que un padre ansioso probablemente elegiría para que acompañase a su hija y la dejara sana y salva en casa.

Pero si sentabais a Oswald al lado de una *mujer*, de una mujer que le interesase, sus ojos cambiaban instantáneamente y, al mirarla, una chispita peligrosa empezaba a danzar poco a poco en el mismo centro de cada pupila; y luego iniciaba la conquista hablándole de manera rápida e inteligente y es casi seguro que más ingeniosamente de lo que nadie le hubiese hablado antes. Era un don que tenía el tío Oswald, un talento de lo más singular, y, cuando se empeñaba en ello, era capaz de hacer que sus palabras se enroscasen alrededor de la oyente hasta aprisionarla en una especie de dulce trance hipnótico.

Pero no eran únicamente su charla ingeniosa y la expresión de sus ojos lo que fascinaba a las mujeres. Estaba también su nariz. (En el volumen XIV Oswald incluye, con obvia satisfacción, una nota que le escribió cierta dama describiendo con gran detalle cosas como ésta). Parece ser que cuando Oswald se excitaba, algo extraño empezaba a ocurrir alrededor de las ventanas de su nariz, un endurecimiento de los bordes, un ensanchamiento visible que dilatava los orificios y revelaba grandes extensiones de la piel lus-

trosa y rojiza del interior. Esto creaba una impresión rara, desenfadada, animal y, aunque puede que el fenómeno no parezca especialmente atractivo al describirlo sobre el papel, su efecto sobre las damas era eléctrico.

Casi sin excepción las mujeres se sentían atraídas hacia Oswald. En primer lugar, era un hombre que se negaba obstinadamente a ser dominado, lo cual lo hacía automáticamente deseable. Añádase a esto la combinación nada frecuente de un intelecto de primera, encanto en abundancia y una reputación de excesiva promiscuidad y se obtendrá una receta potente.

Además, y olvidando por unos momentos el aspecto licencioso y censurable, conviene tener en cuenta que el carácter de Oswald presentaba otras facetas sorprendentes que bastaban por sí solas para hacer de él una persona intrigante. Eran muy pocas, por ejemplo, las cosas que no supiera acerca de la ópera italiana del siglo XIX y había escrito un curioso librito, un manual, sobre los tres compositores Donizetti, Verdi y Ponchielli. En él nombraba a la totalidad de las queridas importantes que tuvieron los citados hombres durante su vida y examinaba, de forma harto seria, la relación entre la pasión creadora y la pasión carnal, así como la influencia de la una sobre la otra, especialmente en lo que concernía a las obras de estos compositores.

La porcelana china era otra de las cosas que interesaban a Oswald y se le tenía por una especie de autoridad internacional en la materia. Los jarrones azules del período Chin Hoa le inspiraban un amor especial y tenía una colección reducida pero exquisita de piezas de dicho período.

También coleccionaba arañas y bastones.

Su colección de arañas, o, para ser más exactos, su colección de arácnidos, dado que incluía escorpiones y pedipalpos, posiblemente era tan extensa como cualquier otra colección, exceptuando las de los museos, y poseía un conocimiento impresionante de los centenares de géneros y especies. Por cierto que mantenía la tesis (probablemente

correcta) de que la seda de la araña era de calidad superior a la seda corriente que tejen los gusanos y nunca llevaba corbata alguna que no fuese de seda de araña. Poseía unas cuarenta corbatas de éstas en total y con el fin de adquirirlas, y también de poder añadir un par de corbatas nuevas cada año, tenía que mantener miles y miles de *Arana* y *Epeira diademata* (las arañas comunes de los jardines ingleses) en un viejo invernadero que había en el jardín de su casa de campo de las afueras de París, donde los animalitos crecían y se multiplicaban aproximadamente al mismo ritmo con que se devoraban unos a otros. De ellos, Oswald en persona recogía el hilo bruto —nadie más estaba dispuesto a entrar en aquel horrible invernadero— y lo enviaba a Aviñón, donde era devanado, torcido, lavado, teñido y transformado en tejido. De Aviñón, el tejido era entregado directamente a la casa Sulka, a quienes encantaba todo el asunto y gustosamente confeccionaban corbatas con un tejido tan raro y maravilloso.

—Pero las arañas no pueden gustarte *realmente* —le decían a Oswald las mujeres que lo visitaban, cuando les mostraba su colección.

—Pues las adoro —les contestaba él—. Especialmente las hembras. Me recuerdan tanto a ciertas hembras de la especie humana que conozco. Me recuerdan a mis hembras humanas favoritas.

—¡Qué tontería, cariño!

—¿Tontería? No lo creo así.

—Es bastante insultante.

—Al contrario, querida mía, es el mayor cumplido que podría hacer. ¿No sabías, por ejemplo, que la araña hembra es tan salvaje al hacer el amor que el macho está de suerte si sale con vida del trance? Sólo si es extremadamente ágil y posee un ingenio maravilloso logra salir entero.

—¡Oswald!

—¿Y la araña de mar, querida mía? La chiquitina araña de mar es tan peligrosamente apasionada que su amante,

antes de atreverse a abrazarla, tiene que atarla con complicados nudos y bucles hechos con su propio hilo...

—¡Basta, Oswald, basta ya! —exclamaban las mujeres, con los ojos relucientes.

La colección de bastones de Oswald también era algo sin igual. Cada uno de ellos había pertenecido a una persona distinguida o a una persona repugnante y Oswald los guardaba todos en su piso de París, donde estaban expuestos en dos largas bastoneras apoyadas contra las paredes del pasillo (¿o deberíamos llamarlo «camino real»?) que conducía de la sala de estar al dormitorio. Cada bastón tenía su propio rotulito de marfil: Sibelius, Milton, el rey Faruk, Dickens, Robespierre, Puccini, Oscar Wilde, Franklin Roosevelt, Goebbels, la reina Victoria, Toulouse-Lautrec, Hindenburg, Tolstoi, Laval, Sarah Bernhardt, Goethe, Voroshiloff, Cézanne, Tojo... Debía de haber más de cien en total, algunos muy hermosos, otros muy sencillos, algunos con puntera de oro o plata y otros con empuñadura curvada.

—Coge el Tolstoi —decía Oswald a una bonita visitante—. Vamos, cógelo... así... y ahora... frota suavemente con la palma el nudo desgastado y lustroso por el roce de la mano del gran hombre. ¿No te parece maravilloso el simple contacto de tu piel con ese punto?

—Sí lo es, sí, sí lo es.

—Y ahora coge el Goebbels y haz lo mismo. Pero hazlo como es debido. Deja que la palma se cierre fuertemente sobre el mango... así... y ahora... apoya el peso de tu cuerpo en el bastón, apóyate con fuerza, exactamente como solía hacerlo el pequeño y deforme doctor... eso... así... ahora quédate así durante uno o dos minutos y dime si no sientes como si un delgado dedo de hielo te subiera por el brazo y se desviase hacia tu pecho.

—¡Es aterrador!

—Claro que lo es. Hay personas que pierden el conocimiento. Sencillamente se desploman.

Nadie se aburría jamás en compañía de Oswald y quizás ésa, más que cualquier otra cosa, fuera la razón de su éxito.

Llegamos ahora al episodio del Sinaí. Durante aquel mes, Oswald se había divertido recorriendo en automóvil, sin ninguna prisa, la distancia que hay entre Jartum y El Cairo. Su coche era un espléndido Lagonda de antes de la guerra que había permanecido cuidadosamente guardado en Suiza durante los años que durara la contienda y, como pueden imaginar ustedes, estaba dotado de todos los artificios existentes bajo el sol. El día antes del Sinaí (23 de agosto de 1946) Oswald se encontraba en El Cairo, hospedado en el Shepherd's Hotel, y aquella tarde, tras una serie de maniobras descaradas, había logrado atrapar a una dama marroquí, de origen supuestamente aristocrático, llamada Isabella. Sucede que la tal Isabella era la amante, estrechamente vigilada, nada menos que de cierto personaje real (por aquel entonces en Egipto había aún monarquía) dispéptico y de mala reputación. Fue una jugada típicamente oswaldiana.

Pero aún había más. A medianoche condujo a la dama en coche hasta Giza y la convenció para que, bajo la luz de la luna, se encaramase con él hasta la misma cima de la gran pirámide de Keops.

—... No puede haber lugar más seguro —escribió en el diario— ni más romántico que el ápice de una pirámide en una noche cálida de luna llena. Las pasiones se agitan no sólo a causa de la magnífica vista sino también por efecto de esta curiosa sensación de poder que invade el cuerpo cuando uno contempla el mundo desde una gran altura. En cuanto a la seguridad, esta pirámide mide exactamente ciento cuarenta y cuatro metros de altura, lo cual representa treinta y cuatro metros más que la cúpula de la catedral de San Pablo, y desde la cima uno puede observar con la mayor facilidad todos los accesos a ella. Ningún otro *boudoir* de la tierra puede ofrecer esta facilidad. Ninguno tiene tantas salidas de emergencia tampoco, de manera que, si

alguna figura siniestra se encaramase por un lado de la pirámide, persiguiéndonos, uno sólo tenía que deslizarse tranquilamente, sin hacer ruido, por el otro...

Dio la casualidad de que Oswald escapó por un pelo aquella noche. De alguna manera, en palacio debieron de enterarse de su aventurilla, ya que Oswald, desde su elevado pináculo bañado por la luna, de repente observó que tres figuras siniestras, en lugar de una sola, se acercaban por tres lados distintos y empezaban a escalar la pirámide. Mas, por suerte para él, la gran pirámide de Keops tiene un cuarto lado, y, cuando aquellos criminales árabes llegaron a la cúspide, los dos amantes ya estaban en la base y se metían en el coche.

El apunte correspondiente al 24 de agosto reanuda la historia exactamente aquí. Lo reproducimos palabra por palabra, con puntos y comas, tal como lo escribió Oswald. No se ha alterado, añadido ni suprimido nada:

24 de agosto de 1946

—Cortar la cabeza a Isabella si la pilla ahora —dijo Isabella.

—Tonterías —repuse, aunque pensé que probablemente tenía razón.

—También cortar la cabeza a Oswald —dijo ella.

—Ni pensarlo, querida mía. Estaré muy lejos de aquí cuando se haga de día. Ahora mismo parto Nilo arriba, camino de Luxor.

Nos alejábamos rápidamente de la pirámide en el coche. Eran alrededor de las dos y media de la madrugada.

—¿A Luxor? —dijo ella.

—Sí.

—¿E Isabella ir contigo?

—No.

—Sí —dijo ella.

—Va en contra de mis principios viajar con una dama — dije.

Podía ver algunas luces delante de nosotros. Eran del Mena House Hotel, lugar que permite a los turistas hospedarse en el desierto, no muy lejos de las pirámides. Me acerqué bastante al hotel y detuve el coche.

—Voy a dejarte aquí —dije—. Nos lo hemos pasado muy bien.

—¿De modo que no llevar a Isabella a Luxor?

—Me temo que no —dije—. Vamos, bájate del coche.

Isabella empezó a apearse del automóvil, luego se detuvo con un pie en la calzada y, de pronto, se volvió en redondo y vertió sobre mí tal torrente de palabras obscenas como nunca había oído yo en labios de una dama desde... bueno, desde 1931, en Marrakech, cuando la vieja y golosa duquesa de Glasgow metió la mano en una caja de bombones y fue mordida por un escorpión que casualmente yo había depositado en ella a guisa de custodio (Volumen XIII, 5 de junio de 1931).

—Eres asquerosa —dije.

Isabella se apeó rápidamente y cerró la portezuela con tanta fuerza que el coche entero saltó sobre sus ruedas. Me alejé de allí velozmente. Gracias al cielo me había librado de ella. No soporto los malos modales en una chica bonita.

Mientras conducía tenía un ojo puesto en el espejo retrovisor, pero de momento no parecía que me siguiese ningún coche. Cuando llegué a la periferia de El Cairo empecé a abrirme paso a través de calles laterales, evitando el centro de la ciudad. No me sentía especialmente preocupado. No era probable que los sicarios del rey llevaran el asunto mucho más lejos. A pesar de ello, hubiera sido una temeridad volver al Shepherd en aquel momento. De todos modos, no era necesario, ya que todo mi equipaje, exceptuando una maleta pequeña, lo tenía conmigo en el coche. Cuando estoy en una ciudad extranjera y salgo por la no-

che, nunca dejo las maletas en la habitación del hotel. Me gusta la movilidad.

No tenía la menor intención de ir a Luxor, por supuesto. Lo que ahora deseaba era largarme de Egipto. El país no me gustaba ni pizca. Ahora que lo pienso, nunca me había gustado. Aquel lugar me hacía sentir incómodo dentro de mi pellejo. Creo que se debía a la suciedad que imperaba por doquier, así como a los olores pútridos. Aunque la verdad, reconozcámoslo, es que se trata realmente de un país miserable; y albergo la fuerte sospecha, aunque detesto tener que decirlo, de que los egipcios se lavan menos a conciencia que los demás pueblos del mundo, con la posible excepción de los mongoles. Desde luego no lavan la vajilla a mi gusto. Créase o no, había una señal de labios larga, costrosa, de color café, en el borde de la taza que colocaron ante mí ayer a la hora del desayuno. ¡Uf! ¡Era repulsiva! No podía apartar los ojos de ella mientras me preguntaba de quién serían los labios babosos que allí la dejaron.

Me encontraba conduciendo ahora por las calles angostas y sucias de los suburbios orientales de El Cairo. Sabía exactamente adonde iba. Había tomado una decisión en ese sentido antes incluso de haber bajado hasta la mitad de la pirámide con Isabella. Me dirigía a Jerusalén. La distancia era insignificante y la ciudad siempre me había gustado. Además, era la manera más rápida de salir de Egipto. Procedería del modo siguiente:

1. De El Cairo a Ismailia. Unas tres horas en coche. Cantaría una ópera durante el trayecto, como de costumbre. Llegada a Ismailia entre 6 y 7 de la mañana. Tomaría una habitación y dormiría un par de horas. Luego ducha, afeitado y desayuno.

2. A las 10 de la mañana, cruzaría el Canal de Suez por el puente de Ismailia y cogería la carretera del desierto que cruza el Sinaí hasta la frontera palestina. Durante la travesía del desierto del Sinaí buscaría escorpiones. Tiempo: unas